



La respuesta a la pregunta de quiénes somos

no parece, en un principio, que pueda resultar problemática; no tiene uno, o una, o un hatajo — o una multitud por aquello de no ningunear a género alguno de especímenes — más que llegar y decir pues yo o nosotros o nosotras somos Fulanito de Tal, o Perenganita de Cual, o estos/as o los/as otros/as o los/as de más allá e hijos/as, todos/as y cada uno/a, de nuestros/as respectivos/as padres/as... No, mira, ahí nos hemos equivocado, pero en un alarde de humildad y de saber no ocultar nuestros errores lo vamos a dejar como está y seguir, como si tal cosa, aunque saltándonos - eso sí - las obviedades que todos damos por sentadas en lo que concierne a nuestros semejantes que, como si vamos al diccionario de sinónimos encontraremos que son "similares", o - eso también - "parecidos/as", a nosotros/as mismos/as, ¿no?, que es de quienes estamos hablando, si no hemos perdido el hilo y, por tanto, portadores/as tanto unos/as como otros/as — aparte de "de valores eternos", que también se da por sentado y no sabemos si vamos a tener sillas para tantos/as — de obviedades tan nada diferentes de las propias que para qué repetirlas, nosotros, por puro sentido común y del ahorro, nos atenemos a la más estricta de las lógicas y no las repetimos...

¿O sí lo hemos perdido?

El hilo, que sería lo grave; porque el sentido común — ¡una cosa tan corriente! — cuánto ni qué puede importar cuando, además, nos queda el propio, de infinitamente mayor enjundia y entidad. Y si lo hemos perdido, Dios no lo quiera, sí que la habremos liado porque nos pasará como, hace apenas unos días sin ir más lejos, nos sucedió a nosotros en nuestras propias carnes mortales cuando buscando... pues qué podía estar siendo, que así al pronto no caemos...

Bueno, pues no sabemos, pero el caso es en resumidas cuentas que fuera por la razón que fuese buscábamos algo que ha de suponerse que necesitamos porque, de no ser así, lo que tendríamos que haber hecho habría sido preguntarnos el sentido de dedicar nuestro tiempo y nuestro espacio — que el espacio, para hablar con propiedad, no lo era propiamente de la nuestra sino de la de la hermana del panadero, que era su cuarto de estar de recibir a las visitas pero, como casi nunca recibía, la habitación sólo se utilizaba muy de tarde en tarde y casi siempre (casi nunca, en realidad) con motivo de que fuese alguien a darle algún pésame con el que lo más probable es que no cupiese contar porque, aparte de ser soltera y huérfana y haber sido hija única, toda su familia consistía en un primo lejano que se había marchado a América hacía unos siete lustros y, tan pronto se hizo de oro con la bauxita —que lo supo por una hermana de su vecino de arriba, que era camarera en un barco y viajaba muchísimo—, no

volvió a tenerse noticia de él ni de sus andanzas y más (o menos) cuando, poco después, el vecino se marchó a vivir a otra ciudad dejándole (lo recordaría siempre) la mancha de una gotera en la habitación que ella acostumbraba llamar “del fondo”, que le dijo mil veces “a ver cuándo me solucionas esto” pero siempre dio largas; de manera que caso de que ya no estuviese en este mundo muy difícil hubiera sido que el pésame viniera al caso porque quién se hubiese, ¿verdad?, enterado de su fallecimiento — a desenvolver y desempolvar y poner tanto trasto por medio en una habitación tan chica para buscar algo que no se estuviese necesitando y por más que no importase ya que, en primer lugar, no molestábamos a nadie que pudiera entrar y tropezarse y, en segundo lugar, porque ella, la propietaria, tenía tan malísima memoria que a saber dónde tendría la llave ni a quién tendría que ir a preguntarle después de tantas dimisiones y nuevos nombramientos de encargados de recordar dónde y cuándo; pero si no se quisiera suponer cuanto va dicho desde el arriba mencionado “buscábamos algo” se puede, a voluntad o a regañadientes puesto que ya se sabe que no siempre es uno ni aun una dueño ni dueña de sus actos sino esclavo/a de sus circunstancias, eludir el engorro de hacerse las preguntas a que se hace mención en el ya aludido y del todo así las cosas prescindible antedicho párrafo.

Habría, en tal caso y en opinión de los más descreídos — que no eran pocos — y por mucha pereza que les diera tanto a ellos como a los más devotos de los sí creyentes — que tampoco eran muchos — que resignarse a abandonar la búsqueda no sin antes, por evitar males mayores y que no se pusiese hecha una fiera de ver “mi gabinete” — decía — patas arriba, dejar todo recogido y cada cosa en su sitio o, por lo menos, en el que cupiese prever que habría de venir a ocupar (aunque hubiera que hacerlo a bulto de acuerdo con unos cálculos las más de las veces precipitados e inexactos) el siguiente inquilino.